¡LUZ!
Para nuestros cerebros oscurecidos por la ignorancia.



¡FARO!
Que nos enseñe el camino de la emancipación. . . .

SEMANARIO LIBERTARIO, Doctrinario y de protesta, escrito por trabajadores en defensa de la mujer y de los trabajadores mismos

Todo asunto del periódico a JACINTO HUITRON: 2a. Mesones 40 ROJO, letra D. | Registrado en la Oficina de Correos como correspondencia de 2a. clase el 14 de Junio de 1917. | Subscripción de 10 números 50 cts. Número suelto 5 cts. a los Agentes 4 cts.

Segunda Etapa. | MEXICO D. F. MIERCOLES 26 DE DICIEMBRE DE 1917 | Número Veintiocho.

¡Qué Payasos!

El congreso de coyotes, es decir, de industriales, que se reúne actualmente en la capital de la República para discutir la manera de hermanar sus conveniencias, acordó el miércoles 19 del corriente dirigirse al Presidente de la Nación para pedirle que derogue el artículo 123 de la Carta Magna, porque no les convienen los términos en que está escrito y menos aún la prevención que favorece a los trabajadores de la región mexicana.

El congreso de judíos alega la imposibilidad de dar de comer y de vestir aceptablemente a los que les visten y dan de comer a ellos hasta reventar de satisfechos. También alegan que con el artículo 123 ya no tendrán libertad en lo sucesivo para despedir de los talleres a los operarios que les dé la gana, y asimismo que es insignificante el sacrificio de los trabajadores en ocho horas de labor. Para mayor desgracia del obrero nacional, los industriales necesitan—¡infelices!—que no se les obligue a proporcionar habitaciones higiénicas y cómodas a sus trabajadores, porque con eso, y lo demás, se quedarán sin uñas y lamentando que el obrero obtenga, constitucionalmente, algunas prerrogativas insignificantes en cambio del sacrificio que hizo por ayudar a restablecer el orden de cosas imperante, rubricado con su sangre en los campos de batalla.

La gran desgracia de los trabajadores es la de que, cuando se reúnen para unificar sus aspiraciones y consolidar sus intereses bajo un concepto de solidaridad benefactora y sana, sólo unifican la discordia y se confabulan—no todos, por supuesto—con los poderosos para sepultar en la desgracia las tendencias de mejoramiento social que deberían solucionar el conflicto de sus estrecheces económicas y definir sus derechos al reparto equitativo de los capitales.

Esto da lugar a que las hienas del industrialismo se protejan con la benevolencia infinitamente criminal de las autoridades, que le tienen miedo a sus amenazas, y a que eleven el grito de afligidos cuando tal o cual concepto legislativo les parece que cercena sus ganancias.

Por fortuna el artículo 123, y nada, es lo mismo. Si los industriales piden al Presidente que derogue o modifique ese precepto, nada ganan los trabajadores. La razón es sencillísima: los industriales son los amos siempre; son los dueños *perpetuos* de toda buena o mala situación; a ellos se deben, unas veces directa y otras indirectamente, los conflictos tanto morales como económicos y sociales del Gobierno, de la Nación y de la masa proletaria.

Por eso resulta obra de payasos el pedir la derogación de un artículo nulificado y derogado por ellos *de antemano;*

Por eso resulta obra de payasos el pedir que no se diga en la Constitución que el industrial hará siempre con el proletario lo que le dé la gana;

Por eso resulta obra de payasos el pedir que se borre de la Constitución un artículo que dicen arruinará la industria nacional.

Toda la vida será la misma, en tanto que el obrero no eduque su conciencia ácrata ni consolide su pujanza.

El industrial siempre será el industrial, es decir, el ladrón, el negrero, el estigma de los proletarios.

¡Vaya con el congreso de industriales!
¡Qué payasos!

CABECITAS LOCAS

Amar mucho a la mujer, desear que se supere, que mejore de situación, que logre un poco más de libertad, de independencia, y cargue también con un poco más de responsabilidad en la vida, goce del placer de las iniciativas, como los hombres, es bueno porque es justo.

Para una civilización avanzada, el lugar que ocupe la mujer debe ser elevado, debe ser digno. La mujer, esclava de sus padres primero, de su esposo después, no llega jamás a disfrutar de verdadera autonomía, y por lo tanto ignora lo que es la felicidad de una vida libre.

De acuerdo con estas ideas, justificamos a las grandes pasionales que se rebelan contra este deplorable estado de cosas, y reclaman la libertad de vivir, sin otra obligación ni sanción moral que la de su misma voluntad y conciencia.

Surjan, pues, las deliciosas rebeldes, las cabecitas locas, las irreflexibles, las que rompiendo los moldes del formulismo social son consecuentes con sus sentimientos en sus aspiraciones.

***

El hombre, y sobre todo la mujer, confían en que su liberación será obra de algún *redentor*, llámese como se llame. El cultivo de una ilustración en las ciencias llamadas leyes naturales es la única que logrará realizar ese deseo de emancipación que tanto ha suspirado la humanidad.

POR LA RAZON Y LA JUSTICIA.

Ernesto Velasco continúa preso.

El capitalismo lo tiene todavía entre sus patas.

Para obtener su libertad, no han valido ante los déspotas, ni la protesta, ni el recurso «legal» ni nada.

Lo que claramente indica que la bestia quiso hallar una víctima y la encontró.

Y como creemos que la prisión de dicho compañero es injusta, hacemos constar el atropello en estas líneas para baldón político administrativo de quien corresponda.

No retiraremos de nuestras columnas este cuadro hasta que el compañero Velasco sea puesto en libertad.

Invitamos a la Prensa obrera a que haga otro tanto.

El asesinato de José Barragán Hernández ha quedado impune.

¿Qué ha hecho el tribunal de Justicia para esclarecerlo?

Se pide como el cuadro anterior, la reproducción permanente.

Disertación

«Esas gentes»: tal es la frase despectiva que usan, para denigrarnos, los elementos conservadores que al pie del altar jirimiquean, clamando ante sus dioses mitológicos la desaparición de las mentalidades laborantes en las doctrinas libertarias.

Esos burgueses explotadores, esos noveneros de sacristía, cada vez que surgen agitaciones obreras les vemos trémulos y perplejos, porque temen que la clase trabajadora despierte de su letargo y que el reloj inexorable de los tiempos marque la hora de las reivindicaciones; por eso piden, en medio de sus trisagios, que se reprima por el fuego la rebeldía de «esas gentes», como nos llaman sarcásticamente nuestros enemigos.

¿Quiénes son «esas gentes?» «Esas gentes» son, en primer termino, la porción evidentemente más productora de las naciones.

Son las que dan gustosas el jugo de su vitalidad para la riqueza: son las que con más ardor dan su esfuerzo para defender esa riqueza que, con el nombre de patria, llaman al territorio que las vió nacer. Son, en una palabra, la masa anónima; pero en cuya frente fatigada ha ceñido el pasado las coronas de laurel de que se ufana nuestra historia. Son las que en el presente llevan la corona de espina de nuestras desgracias. Y son las que en lo porvenir ostentarán las guirnaldas de la victoria.

«Esas gentes», que con ansia loca desean los ricachones mochuelos que sean exterminadas, son la fuerza de las naciones, las entrañas fecundas que a través del tiempo paren a los pensadores, los artistas y los sabios mundiales; son el manantial de donde fluyen las aguas que remueven y y acrecientan la clase media; son el nervio de la vida, el cimiento de las instituciones sociales, los puntales de la verdadera civilización; en fin, son el verdadero pueblo, que, hastiado de tantas vejaciones e injusticias, se rebela.

Entiéndase bien que «esas gentes» son los obreros, el único e indispensable brazo de la actividad, proveedoras de todas las cosas de que la región mundial se sostiene, «esas gentes» son las vinculadoras del agente primordial de la producción. Son los obreros. Suprímanse los obreros, y aunque los campos y las viñas sigan bajo la mirada impasible de los cielos, y aunque los capitales estén dispuestos para emprender el trabajo, los campos no preducirán, la actividad estará muerta; porque «esas gentes» somos los obreros por cuyas manos pasa transitoriamente toda la riqueza y sin que logremos retener sino parte tan exigna que no nos exime del hambre. Somos los desvalidos injustamente, somos los obreros, los oprimidos por la iniquidad económica, o para mejor decir, por la avaricia burguesa.

«Esas gente» somos los obreros que por tanto tiempo hemos sido la reencarnación de Tántalo; somos los obreros los que extraemos alimentos cuyo sabor no hemos paladeado; somos los obreros los que tejemos las telas que no hemos vestido; son los compañeros que construyen palacios que no han habitado; somos los obreros los que hemos padecido las angustias del mañana, la incertidumbre de la vejez y el desamparo de nuestros hijos.

Son también los hombres a quienes los capitalistas—en connivencia con los ensotanados, con los caciques, con los administradores de haciendas, con los capataces del campo, con los sultancillos de oficina y con los comerciantes monopolizadores — impiden y vedan todas las satisfacciones, todas las venturas, todas las placideces del reposo y del espíritu.

Y ¿qué piden «esas gentes» cuando se agitan? Piden *aumento de sueldo y menos horas de trabajo*, que si se les concediera, no habría agitaciones. Para negárselos fieramente, reclaman los burgueses que se subyugue a los obreros.

La ceguera de su egoísta avaricia no les deja ver que el aumento de salario es robustez para la humanidad, porque todos los sentimientos que hacen a los seres valerosos derivan de la íntima satisfacción de la independencia personal.

El aumento de salarios no es en menoscabo de los capitales; es para consolidar el desarrollo de la riqueza, para mantener fuerte el bienestar social de los pueblos.

La voz de «esas gentes» es, pues, la gran voz de la familia obrera, que pide lo que atañe a la paz social.

Las otras gentes ¿qué piden?

Quieren lo contrario: piden que esa voz se ahogue; que esas ansias no se satisfagan; que se sellen los labios de los proletarios que formulan su queja para pedir *más salario y menos horas de trabajo.*

Esas otras gentes quieren que las balas fratricidas perforen los pechos de las clases obreras que harto necesitadas lanzan el grito de dolor y de ira, pero de ira santa que ha sublevado en sus pechos el infamante estigma de las vejaciones. Los obreros piden aumento de salario: reclamando algo que, en definitiva, no es bien para ellos solamente, sino para la grandeza y la paz social. ¿Y los...... otros?, es decir, los burgueses, los abortos del jesuitismo, los gemelos de Belcebú, esos chacales del convento piden, suspirando, lo que ha sido y será corrosivo mortal de todas las naciones y ponzoña de los pueblos.

Obrero tejedor,
SACRAMENTO M. VIDALES.

Subscribirse a ¡LUZ! es contribuir al bien de todos.

Tópicos Educativos

¿Cómo ganas tu vida?

—¡Hombre! ¿Cómo ganas tu vida?

—Con la vida de los otros hombres.

—¿Sin duda eres soldado? Uno de esos desgraciados que cargan con el odio de los pueblos, puesto que llevan la librea de los déspotas;—de esos que hunden su acero en el pecho de sus hermanos—¡Pobre soldado, te compadezco!

—Yo no soy soldado y gano mi vida con la vida de mis semejantes.

—¿Bandido entonces? Eres al menos uno de esos famosos rebeldes que devuelven a la sociedad mal por mal y que sin embargo, a veces, tienen tiempo para hacer el bien. En ese caso, ¿dónde están tus hombres de armas, tus vasallos, tu nido de águila? ¿En qué país se extiende el temor de tu nombre? ¿Qué emblema llevan tus banderas? ¿Qué grito de degüello esparcen por la lejanía las trompetas de tus heraldos? ¿Acaso te ven los viajeros temblorosos correr por los Apeninos o por las Sierras Grises, como una llama de azufre, escapada de un volcán? Entonces cuéntame las hazañas de los que tú mandas.... ¿O tal vez, corsario audaz, hijo de la espuma de los mares y del relámpago del cielo, tus cañones sólo responden al estruendo de las tormentas y a las imprecaciones de las tripulaciones náufragas? Entonces, enséñame tu roja bandera, dime en qué parajes traza tu buque su sangrienta estela. Bandido, apresúrate a vivir; las cabezas como la tuya no permanecen hoy mucho tiempo sobre los hombros.

—Yo no soy bandolero y gano mi vida con la vida de mis semejantes.

—¿Eres, pues, asesino? ¿Sigues durante la noche a lo largo de los viejos muros, detrás de la víctima que acechas? ¿Te ocultas, pues, bajo su lecho, violentas su puerta, para llegar hasta su vida? Tú conoces, pues, los venenos sutiles? ¿Conoces los remordimientos que la brisa de los bosques y la platea da luna dejan en el corazón de los hombres que las ha hecho testigos de sus crímenes? Marcharías, pues, sobre el cuerpo de tu padre si te cerrase el paso? ¡Asesino! Si la sociedad te ha llevado a tal grado de desesperación, ella es más culpable que tú.

—Yo no soy asesino, y gano mi vida con la vida de mis semejantes.

—¿Serás, pues, ladrón? ¿ladrón de oro? ¿ladrón de pan? ¿Banquero, propietario o simplemente ratero? ¡Ladrón! Tú eres un cobarde; si para desvalijar la sociedad tienes necesidad de su ayuda, estás perdido si es el hambre quien te hace entrar en tratos con la justicia de los hombres.

—Yo no soy ladrón y gano mi vida con la vida de mis semejantes.

—¿Duelista, entonces? Un hombre que pasa la vida haciendo muertes, una de esas bestias feroces, a cuyo paso debieran tenderse cepos de lobo, un mercenario a quien se paga para destruir, en nombre del honor, y cuyo honor sólo consiste en hacer centellear la punta de una espada.—¡Espadachín, eres demasiado vil para que jamás ponga mi vida a disposición de tu destreza.

—Yo no soy duelista y gano mi vida con la vida de mis semejantes.

—¿Verdugo pues? Cráneo lleno de sangre y de bestialidad, instrumento que borra la obra del tiempo y de los mundos, el hombre, flor apenas abierta de la eterna creación, ¿Te has preguntado alguna vez quién le ha hecho, quién podría volverlo a hacer, ni quién tiene el derecho de suprimirlo? ¡Oh! ¡la más espantosa de todas las máquinas! ¡El padre que te engendró sembró sangre en el vientre de tu madre, pues tú haces caer las cabezas sin exponer jamás la tuya, y engordas con la flacura de los condenados!

—Yo no soy verdugo y gano mi vida con la vida de mis semejantes.

—¿Qué eres tú, en fin?

—Yo soy agente de la policía secreta. (1)

—¡Lejos de mí! Tú eres quien chupa al hombre toda su sangre, toda su vida. Eres tú el que hiere en la sombra, sin peligro, el que no puede oír el canto del gallo. ¡Tú, que te sientas en todas partes; en el hogar de las familias y en las santas asambleas de la Libertad! ¿Tú, que te cuelgas del brazo del amigo a quien vas a entregar! ¡Oh! me hace daño ver a un hombre caído tan bajo. ¡Criatura degradada! en las calles todos te evitan, sólo se te nombra en voz baja, sólo se te conoce por un número; la vista de tu semejante te causa horror.

Traicionas a tu padre y a tu madre y a los hermanos de tus hermanos, a aquellos que no has visto nunca y a los imprudentes que te han confiado sus secretos. Tú vicias el aire, tú enturbias el agua, tú oscureces la luz del sol; la mujer que comparte el lecho contigo está envenenada. Tus abuelos se levantan contra ti desde el universo de los muertos; tus hijos reniegan de tu nombre. El pan que tú comes, quemará tu garganta, hasta que la policía te deje morir de hambre después de haberte cubierto de vergüenza.

¡Vete, maldito! Agota las infames alegrías que la mano del crimen te ofrece; la piedad cierra para ti sus blancas alas. ¡Que el aire que respires te ahogue! ¡Que los alimentos se sequen cuando los toques! ¡Que el vino de tu vaso se convierta en vinagre! ¡Que no bebas más agua que el agua de los mares! ¡Que tu mujer sea estéril! Y si te nace un hijo de *una mujer honrada*, que se ruborice de llamarte su padre!

ERNESTO COERDERY.

Nota de la R.—Rompe huelga, soplón de taller e intrigante es la misma cosa.



Escarceos Libertarios

Los hombres tenemos la más absoluta necesidad de amar a nuestro prójimo con un amor tan especial como infinito y puro.

Pero estamos en el siglo XX, y tal necesidad no pasa de ser una de tantas, como las que van corriendo por el mundo.

Como el progreso, la vida, las aspiraciones, etc., apenas si encajan en la íntima convicción del hombre, de ahí que éste más procure lo que le conviene que acatar los estrechísimos ideales de la moral mesiánica.

Si el hombre no ama a su prójimo como debiera, es porque el mismo prójimo tampoco se preocupa de rendirle veneración afectuosa a su semejante.

Esto es lógico, y más que lógico, es demasiado humano.

Vivimos en medio de una sociedad repleta de corrupciones;

Vivimos, asimismo, atormentados por las exigencias corruptoras de una mentira llamada civilización; y

Vivimos, finalmente, confundidos hasta el terror por la civilización de este mundo que ha creado el egoísmo y las pasiones, los rencores y los odios, las explotaciones y la iniquidad, la desvergüenza y la impudicia, la mendacidad y la infamia, etc., etc., todo, dicho sea en elevadísimo honor de la verdad, confabulado en un propósito mercantilista de arrebatarle el pan al prójimo, al semejante,..... al hermano.

Por eso es lógico que los unos devoremos a los otros;

Lógico es también que recojamos el producto de la siembra;

Justo es que la siembra sea el producto del más íntimo sentir del hombre.

Y como éste no está hecho sino de pasiones, de prejuicios, de tendencias, de propósitos, de afanes que persiguen el ideal común de vivir la triste vida que encadena al chico por su insignificancia y al mayor por su grandeza, de ahí que todos, sin excepción, agucemos la inteligencia, abramos los ojos, hagamos latir los corazones, desfoguemos las ansias, contraigamos los músculos y nos esforcemos por satisfacer los antojos nimios de la existencia que, para unos, es horrible lucha, y, para otros, es facilidad que causa envidia, que produce vértigos, que se desliza tan caramente como la corriente de todas las delicias.

Esta anomalía, tan satisfactoria para unos como dolorosa para otros, ha hecho pensar a los primeros en el desequilibrio de la idea cristiana, y puesto que el origen de la humanidad ha debido ser igual en todo el universo, no existe razón fuerte para que los privilegios sólo sean del favorecido por la arguoia, y las penurias cristalicen en la idiosincrasia de los oprimidos por las malandanzas de la mala suerte.....

Alguien asegura que hace diez y nueve siglos se divulgó por el mundo la idea hoy falsificada de que el hombre sólo puede ser feliz amando al hombre; pero diecinueve siglos, que no son ciertamente una ráfaga ni un soplo, sólo han servido para crear el odio, para desfraternizar a los humanos, para hacer que los hijos de una misma madre se apuñalen, que los padres formen de veneno y víboras el corazón de sus hijos, y que éstos paguen con ingratitudes criminales la unción y afectos nítidos de quien les dió albergue en sus entrañas y después los entregó a la vida.

Y menos mal si diecinueve siglos de experiencia sólo hubiesen servido para eso; pero han traído, asimismo, la idea de que los hombres sólo podemos vivir tranquilos con el odio recíproco, con el rencor perpetuo, con la bestialidad en el alma, con el arma en la mano, el fusil en el hombro, la ametralladora al lado, el cañón al frente, la estupidez en el espíritu, la crueldad por norma, el mercantilismo como bandera, la explotación como afán, el asesinato de la felicidad posible como anhelo del presente y del mañana, y la decapitación de la libertad del mundo como límite y objeto sumo de cuantos pretenden equilibrar el bien de la sociedad irredenta, incivil, ridículamente infeliz por lo putrefacta.

«Ama a tu prójimo como a ti mismo», asegúrase que dijo un demente de Judea.

«Odiémonos para ser felices», han dicho los hombres; y la Humanidad, que levanta el solio de sus ignominias por encima de la libertad que ella misma ha pisoteado, que ella misma ha vendido y engrillado, que ella misma llenó de fango para que sirva de baldón a la generación futura, se yergue teñida en sangre de *infinito número* de cadáveres, y destempladamente grita al Universo que la aplaude a carcajadas:

«Hermanos: odiémonos para poder amarnos, y amémonos con odio inextinguiblemente mortal; para que la libertad santa y pura predomine algún día en el corazón del mundo, que tantos, tantos siglos ha vivido en la esclavitud de sus ambiciones delictuosas, patibularias, hijas del crimen, y odiadas diligentemente por la virgen redención humana».

JOSÉ LÓPEZ DÓÑEZ.

Esfacelos

Otro obrero político "al joyo."

Por telegramas que se han recibido del puerto jarocho, se sabe que el linotipista Carlos Gracidas fue derrotado en las elecciones municipales de Veracruz, a consecuencia, según parece, porque ahí no cuenta con grandes simpatías entre los obreros.

Se asegura que Gracidas no es tan mal linotipista; pero, por lo visto, debe serlo puesto que se ha ilusionado con las tonterías de la política.

Nosotros opinamos que la derrota—si la hubo—está justificada, porque:

"no te compro limas,
ni te compro peras,
no te comprometas
a lo que no puedas."

Es decir: ¡zapatero, a tus zapatos!; ¡linotipista, a tus teclas!

La víbora en el seno.

Se asegura que anda por ahí un individuo—de no muy limpios antecedentes en cuestiones de deudas pecuniarias—que pretende interesar la candidez de algunos camaradas para constituir una sociedad con capital de 250 pesos (¡qué barbaridad, como quien dice el tesoro de los yanquis!) a efecto de publicar *aunque sea* dos o tres números de "Lana Obeja," y contestar en cada uno de ellos lo que su mezquino entendimiento y su apolillado sentido común denominan insultos de nuestro periódico "Luz."

¡Atórale, viejecito: veremos de qué cuero salen más correas! No más te decimos que en nuestro poder obra cierta documentación en que tú mismo te retratas de cuerpo entero....

¡Ja, ja, ja, ja!

A río revuelto, ganancia de pescadores. Y es verdad.

El exsecretario general del sindicato de artes gráficas será acusado ante los tribunales en caso de que no se presente a rendir cuentas de los fondos que le fueron entregados para ciertas comisiones.

Aquí se necesita hacer un asiento de teneduría de libros: ¿quién entregó a quién? ¡Varios a nadie! Porque es claro que si el sindicato no está registrado conforme a la ley, no tiene ni puede tener representación de ninguna especie. Es decir, ante la ley es......*nadie*. ¿Con qué derecho se acusará al teniente de los fondos? Con ninguno, puesto que no los hurtó, sino que se le entregaron *voluntariamente*. Y el que por su gusto se deja ir de cabeza a un pozo, allá él. Se dirá que defraudó dinero ajeno. Es posible. Pero ¿con qué se prueba la entrega de los fondos? ¿hay algún recibo (con su estampilla correspondiente), extendido a Varios personalmente por el presunto acusado? ¿Fo? Pues entonces no hay responsabilidad. ¿De qué se le acusa? ¿de retención arbitraria? No puede ser, porque *recibió*—no hurtó ni exigió—los fondos para el desempeño de una comisión o de varias que no pudo o no le dió la gana desempeñar porque....¡no se la pagaban! Y como nadie está obligado a prestar servicios sin la previa retribución....pues el exsecretario del sindicato se quedó con lo que le pareció más conveniente para compensarse la molestia de recibir honores de depositante.

Eso de andar dando dinero en las corporaciones que no tienen pies ni cabeza; que se la echan de sindicalistas sin saber lo que es sindicalismo; que pretenden la emanci-

Sin Personalismos

Atacamos las instituciones ilustrando al pueblo en el conocimiento de sus derechos naturales, no a los hombres; queremos destruirlas por liberticidas.

Combatimos las ideas de los hombres, no a los hombres, cuando éstos, llamándose socialistas parlamentarios o no, sindicalistas o anarquistas, en sus actos demuestran lo contrario de lo que predican.

Al atacar las instituciones, combatimos los actos de los hombres que, no teniendo necesidad de la política, predican la conveniencia a sabiendas de la inutilidad de ésta, a sus compañeros de trabajo.—CONSTE.

La Junta de Conciliación y Arbitraje

Desde el primer día del año próximo funcionará, con el carácter de permanente, la junta de conciliación y arbitraje en el Distrito Federal.

Don Cleto Muro Sandoval, el mismo que se distinguió por sus medidas casi sanguinarias en un establecimiento de beneficencia de la villa de Guadalupe de Zacatecas, será el presidente de la junta en representación del Gobierno del Distrito.

Presumimos que, dada la parcialidad de don Cleto Sandoval, individuo que toda la vida ha servido a los Gobiernos, en lo sucesivo todo habrá, menos conciliación y arbitraje entre obreros y patrones.

El Pescado....

En números recientes publicamos en segunda plana un artículo dedicado «A cierto malabarista de los sindicatos y muy distinguido zascandil», sin precisar el nombre insignificante del protervo saltimbanqui aludido.

Pero LUIS N. MORONES salta a la palestra en un periódico obrero (¡lástima, no lo conocen! de) Pachuca, ciudad en la que presta sus *servicios* como miembro del Ayuntamiento; y alegando que el «propietario» de «Luz» carece de la intelectualidad que necesita para pisotear los hongos, contra nosotros se desata en deyecciones de lenguaje propio y *exclusivo* de él, pues no hay sujeto honrado que conteste su verba macarrónica, enrevesada y.... moronesca.

Repetimos que nosotros no dijimos, por pudor, el nombre del nimio tránsfuga, malabarista y zascandil; pero como *él se da por aludido*, y como también, a confesión de parte relevo de prueba, pues....

Tú lo cantaste,
fraile mostén,
tú te lo sabes,
tú te lo ten.

Y para terminar, señor zascandil, un consejo: compre en la librería de Bouret un libro de Philippe intitulado «La educación de los anormales», que buena falta le hace, pues trata de los principios de educación intelectual y moral. Moral sobre todo, Sr. Borrones.



Cómo pensaba Ferrer

Primero regional; después veremos

IV

Que no nos suceda a los libertarios por la huelga general, lo que a los republicanos portugueses por la revolución política, que decían y dicen estar preparados para hacerla; pero que aguardan a los republicanos españoles para efectuarla de común acuerdo. ¡Y los años pasan y pasan!

Lo más probable es que la huelga general, antes de ser internacional, sea nacional, y antes de nacional sea regional. Que no les preocupe a los compañeros lo que hagan en las otras regiones o en los otros países.

Prepárense en sus localidades respectivas; organícense los varios oficios de una comarca: tomen los panaderos, harineros y matarifes y cuantos se relacionen con los productos de alimentación y servicios de transportes, las medidas necesarias para dejar asegurado el servicio de distribución al día siguiente de la Revolución; y aprovéchese luego de la primera oportunidad para declarar la huelga general.

Tengamos por seguro que si en un punto importante cualquiera de una nación toma posesión la clase proletaria del patrimonio universal, haciendo desaparecer cuanto recuerde la sociedad capitalista, poco han de tardar en imitarla los trabajadores de las comarcas vecinas.

Empezada ya la nueva producción, cambio y repartición de productos, podráse proceder al derribo de calles y barrios malsanos; construcción de casas higiénicas; incautación de todo el metálico y papel moneda existente, cuyo dinero dejará de tener circulación en país comunista, reservándolo la Federación para las indispensables compras en otras regiones u otros pueblos.

Que no teman los revolucionarios la intervención extranjera, cuando haya triunfado su obra. Al menor intento de restablecer un Gobierno cualquier nación vecina declárese también allí la huelga general y entonces comenzaría la Federación Comunista Internacional.

Activemos, por lo tanto, la organización comarcal de los trabajadores para la huelga general como preludio de la Revolución Social.

CERO.

Tiene el santo y quiere la limosna

El diputado Salvador Gonzalo García, que todavía se hace llamar obrero, pero que de todas maneras sigue siendo diputado, también ha sido disputado por muchos votantes de Orizaba para el cargo de presidente municipal, donde, en las elecciones del día 16 de los corrientes, salió triunfante por 875 votos; pero derrotado por la mala suerte de no tener el requisito de vecindad y otra yerba por valor de 20 pesos diarios.

Eso de querer el remedio y el trapito, el pan y la torta, es tanto como mamar y beber leche, o lo que es lo mismo, servirle a Dios y al Diablo para estar acomodado en el Cielo y el Infierno.

Nada, que

La mujer que quiere a dos
No es tonta, sino advertida:
Si una vela se le apaga,
Otra le queda encendida.

---

pación del proletario con vociferaciones líricas; que se fanatizan con la pastoral verbosidad de un líder; que reniegan, de manera práctica, de la acción efectiva, ejecutiva y directa; que no tienen conciencia de lo que es lucha, *verdadera* y sana lucha; que se conforman con increpaciones mutuas; que están pensando que la fortaleza de una gran idea se sostiene con la insignificancia de otra más mezquina; que no buscan el adrenamiento moral de sus directores para fortalecer la salvaguardia del interés particular y de conjunto; que de los fondos de resistencia todo hacen, menos resistencia y consistencia; que, en fin, procuran la elevación de la colectividad por medio de escisiones ruines que sólo engendran ruina, eso no conduce sino a que la carcajada de los espectadores brote estridente, mortificante para algunos y dolorosa para cuantos entienden que la liberación no se consigue faramallando el espíritu vivo de las aspiraciones libertarias.

¡Y pensar que ante el sepulcro de Barragán Hernández se arrojó el propósito de fortalecerse por medio de la unificación para consolidar las labores posteriores del agonizante sindicato....!

¡Ja, ja, ja, ja, ja....!

La ley del egoísmo y la ley del absurdo

Tanto la "unión de aviseros y cabeceros" como la de linotipistas metropolitanos, están afanándose por llevar a cabo una especie de reglamento o estatutos que en la práctica de nada les servirán, porque se inspiran en un ideal de egoísmo que acabará por roerles las entrañas.

Mientras la primera "unión" pretende boicotear a cuantos operarios del ramo tipográfico no hayan trabajado como aviseros o cabeceros en los periódicos diarios durante un tiempo que sus estatutos especificará, la segunda sólo admitirá a sus *ad láteres*, siempre que secunden las determinaciones absolutistas emanadas de su seno, a efecto de uniformar criterios y con el propósito de moralizar, en sentido restrictivo, a cuantos se opongan a la rectitud de los ya moralizados.

Aparte de que los estatutos y los reglamentos no sirven, en la práctica, para nada, porque muchísimas veces los que los escriben y suscriben son los primeros en violarlos, resultan una inconsecuencia que mata la voluntad particular y general cuando se trata de aplicar determinadas inflexibles cláusulas.

Cualquiera clase de asociaciones, hasta aquellas que tienen intereses defendibles en el mercantilismo diario, al hacer la iniciación de sus trabajos dan en la costumbre empírica de forjar la cadena literaria que las ata; pues mal podría negarse que cada artículo, ca-

---

—¡Fuera, fuera!

—¡Queremos una conferencia alusiva al acto!

Jacinto cambia de tono:

—¡Camaradas: esta reunión significa que siempre un primo cordobés influye en la libertad, en la igualdad y la fraternidad de los que lo rodean! ¿Cómo, si no, hubierais podido vosotros "libertaros" de esa lonja de estopa que cotidianamente os servían por puchero?; ¿cómo, si no, nos encontraríamos aquí "igualmente borrachos"; cómo, si no, hubiera "fraternizado" en esta reunión un campesino como Silvio, un sátiro como Fernando, un madrileño como Záitigui, un eximio pintor, dos poetas y una artista de cursiva? Estoy convencido de que sin un primo cordobés, la célebre trilogía francesa seguiría siendo un mito para los aquí reunidos.

—¡Muy bien!

—¡Te olvidaste de ti, Castelar en ciernes!—grítale Záitigui.

—Si el respetable público me interrumpe...—señala las botellas e indicándolas:—¡Venga luz para mi cerebro obscurecido!

—¡Se te van a enredar las ideas!

—No importa.

De pronto el saloncillo queda a obscuras. Fernando, deseoso de terminar, ha cortado la corriente y las bombillas eléctricas se han apagado. Jacinto, temiendo alguna broma, se mete debajo de la mesa y desde allí pide:

—¡Venga luz! ¡venga luz!

La dama joven e Irma se arremolinan hacia la puerta seguidas de los otros, menos Jacinto y Silvio, que no puede andar en la obscuridad.

—Con cursivo—explica Jacinto.

—Ah, yo no sé más que mis papeles.... y eso....

—¿Muy mal?—pregunta insolente Sopelana.

Todos protestan:

—Sea usted más galante, señor Miguel Angel.

—Las groserías aquí están muy mal.

—Perdón, señores, mi intención no ha sido la de ofender a esta promesa del arte histriónico.

—No es una promesa—explica Jacinto:—es una realidad; mañana debuta en el "Apolo."

—¡Viva la actriz!—grita Záitigui.

—Iremos todos de claque, si a mi excelente primo que ahora duerme la mona, se le ocurre tomar un palco para la familia.

—Hombre, a propósito—interrumpe Arnaldo—mira cómo ronca.

—El pobre no está acostumbrado a estas cosas y el vino se le ha subido a la cabeza.

—¡Vaya una borrachera más estúpida!—dice Fernando;—si yo supiera que cuando bebo me pongo en ese estado....vamos....

—¿No bebías más que agua?

—No, hombre, me pegaba un tiro.

—Bueno, nada de asuntos trágicos; Jacinto, a pedimento de la concurrencia te exijo un discurso de clausura.

—Me resignaré.

—Eso es de cristianos; no señor, nada de sumisiones: si hay voluntad, bien; si no, nada.

Jacinto trepa sobre una silla, échase el sombrero a la nuca y empieza con voz apenas perceptible remedando a los oradores sagrados:

—Mis queridísimos hermanos en Cristo....

Llegada la noche, además de los ya reunidos, se agrega el estudiante a quien encontraron al volver Arnaldo y Aníbal. Irma se niega rotundamente a hacer la comida, por lo cual se resuelve festejar la mudanza en cualquier restaurant.

Záitigui propone:

—Compremos unas docenas de pajaritos, que yo los asaré al estilo de Madrid.

—¡Déjate de pajaritos!—dícele Fernando;—esta noche se come un pavo; sí, señor, un pavo relleno.

—Debiéramos invitar a Sopelana.

—Y a Jacinto.

—También a Contero; hoy festejamos nuestra independencia.

—Nuestra independencia del prosaico puchero sin sal.

—¡Hemos roto las cadenas de la esclavitud!

Fernando sube sobre la mesa, coge la lámpara y levantándola en alto canta algunas estrofas del Himno Argentino:

—¡Sean eternos los laureles,
que supimos conquistar!....

Silvio se entusiasma, saca de la cartera un billete de diez pesos y enarbolándolo grita:

—¡A buscar a Sopelana y compañía! ¡Aquí hay para el coche y el vermout!

***

En la calle Artes, esquina Cuyo, en el reservado de un modesto restaurant, alrededor de

Recibimos

10 ejemplares «Solidaridad,» número 40; 5 «Germinal,» Tampico, número 21; 10 «Germinal,» León, número 5; 5 «Laborando,» número 5. Canje: «El Productor Panadero,» Habana; «Tierra y Libertad,» Barcelona y «El Surco,» Iquique, Chile.

De agentes y subscripciones: Puebla: R. Ortega, $.600; T. Cristales, $3.00: Orizaba: P. Méndez, $7.75 y $10.00 colecta obreros «Cocolapan» para matar déficit LUZ; Veracruz: U. Galván, $5.00 y $3.00 pago de libros; Querétaro: D. Pacheco, $8.00 y $8.00 que nos faltó acusar en el número anterior; Nuevo Laredo: C. T. Torres, $1.60; Mapimí: A. Mireles, $2.00; Pachuca: M. A. Hidalgo, $9.00; colecta obreros Imprenta «Victoria,» $2.40.

¡Ruja la Tempestad!

¡Ruja la tempestad! ¡Temen tus iras!
¡Sus! ¡A la carga, proletario!
Surge rebelde en la tremenda lucha
Con el terrible arrojo de Espartaco.

Indómito, implacable, tu coraje
Como bravo torrente desbordado,
Sobre toda miseria se desate
Pregonando las iras del esclavo.

¡Arriba, proletarios, a la lucha!
Levantad el escudo en vuestro brazo,
Y descargad la espada justiciera
Sobre el déspota cruel, sobre el tirano.

Oid, oid las voces de los parias,
Las voces de los grandes, de los bravos,
Al entrar en la lucha igualitaria
Agitando la blusa y el andrajo.

¡Sus! a la brega; roncos gritos
Anuncien fuertes el terrible fallo
Que haga caer a la proterva casta
De burgueses, de frailes y soldados.

Negras nubes preñadas de tormentas,
Oscurezcan el cielo; truene el rayo,
Y luego se deshagan en torrentes
Que inunden y que arrasen los barrancos.

Y que arrastren las aguas en su curso
Toda la podredumbre, todo el fango,
Todo lo más inmundo, todo lo abyecto,
Todo lo más cobarde y depravado.

¡Ruja la tempestad! El huracán furioso
Azote sin cesar; vibre el relámpago
Cual látigo de fuego que deslumbra
Rasgando con sus luces los nublados.

Así tus iras santas se desaten,
Obrero luchador, obrero hermano;
Caiga el diluvio universal terrible
Que arrase y que confunda a los malvados.

¡Ruja la tempestad! Cese el martirio,
¡Abajo la explotación! ¡Abajo el amo!
¡Abajo el militar! ¡Abajo el fraile!
¡Arriba el productor, el proletario!

No más leyes, ni dogmas ni prejuicios;
No sigas tus cadenas arrastrando.
¡Arriba, hermano; levántate, despierta,
Y lanza tu furor sobre el tirano!

Busca la libertad, treme tu aliento;
No detengas el golpe de tu brazo;
Convierte los cinceles en puñales,
Y en espadas terribles los arados.

¡Ruja la tempestad! Pueblo, a la lucha!
Quiero verte pasar sobre tu carro
De triunfo. Agítense en los aires
La blusa, y el mandil y el tosco andrajo.

El martillo, y el yunque y los engranes;
El cincel, el rastrillo y el arado;
La blusa, los andrajos y la gorra;

El oro y el poder del otro lado.
Me encanta la visión; cuánta belleza;
Me seduce lo hermoso de este cuadro:
De un lado, lo que triunfa, lo que avanza,
El verdadero dios, el dios *Trabajo*.

Del otro, lo que sobra, lo que estorba:
Los frailes, los burgueses, los parásitos;
El poder, el oro, corrupción y ruinas;
Todo lo más cobarde y depravado.

¡Ruja la tempestad! Las negras nubes
Desaten sus furores; cuánto estrago,
Y sobre los escombros de la tierra
Aparezca triunfante el proletario.

Desbórdense las iras a torrentes;
Arrase el huracán, fulmine el rayo,
Y el gran astro augural, el sol radiante,
Fulgure al disiparse los nublados.

¡A la carga los hijos de la gleba!
¡Sus! ¡A la lucha, proletarios!
¡Ruja la tempestad en vuestros pechos!
¡Brote la imprecación de vuestros labios!

Pachuca, 29 de noviembre de 1917.

MIGUEL A. HIDALGO.

---

da cláusula, cada idea y cada página no constituyen otra cosa que los eslabones, muchas veces detestables, de la cadena prejuiciosa que les trunca toda libre acción y con ella el ejercicio de su bienamada libertad.

Dígase lo que se quiera y arguméntese por los interesados cuanto les venga en gána, los estatutos de las corporaciones, así como las leyes de la sociedad, aunque sean considerados "como la salvaguardia de la libertad, son, por el contrario, sus peores enemigos, porque encadenan indefinidamente no sólo la generación en que se promulgaron, sino las generaciones futuras;" y estas leyes, estos estatutos, estas reglamentaciones, "por justas, por maravillosas, por divinas que sean, forzosamente han de degenerar en opresoras," porque las costumbres y las ideas "cambian por el incesante movimiento de la humanidad." (*)

Estas son cosas muy elementales; pero, quizá por serlo demasiado, no se les hace caso, lo cual redunda, prácticamente, en perjuicio de los idealistas o forjadores de estatutos, quienes, a la postre, no tienen más remedio que acogerse a la experiencia por ser la maestra rediviva que ilumina la obscuridad de las costumbres defectuosas por inconsecuentes y egoístas, y enemistadas con la elaboración de los principios libertarios.

(*) Carlos Malato "Filosofía del anarquismo," pág. 14.

Impreso en la Imprenta «Victoria»

La Revolución Social

EN MÉXICO HA FRACASADO PARA EL PROLETARIADO.

Es una utopía pensar, siquiera por un momento, que la revolución social en México ha triunfado; como también es ridículo que ciertos propagandistas de profesión y de paga, estén en el extranjero dizque con la representación de diversas Sociedades mexicanas, haciendo propaganda en pro de una revolución libertadora, que no lo es desde cualquier punto de vista que se le mire.

Y no es ver las cosas del color del cristal con que se mire.

Entremos en materia.

Los altos poderes gubernamentales discuten sobre la pensión que deberá darse a los familiares de los extintos Madero, Pino Suárez y Rendón; y ¿qué opinan de tantos proletarios muertos en los campos de batalla?, ¿qué opinan de los soldados rojos de la "Casa del Obrero Mundial", que sucumbieron en Tonilita y otros lugares ignorados, por defender lo que en el concepto de ellos era un ideal, o sea lo mismo que en el concepto de los mandones profesionales era un "poder", del cual se han apoderado con el manto de revolucionarios, para seguir explotando a la clase productora?, y ¿qué opinan los altos poderes gubernamentales acerca de Ernesto H. Velasco, preso tras las "rejas del orden" por pedir una migajita más de pan?

Conste que Velasco, por el sólo hecho de ser obrero, pertenece a esa columna incónmovible que los políticos llaman Pueblo; a ese que, en los momentos de prueba, no es subiendo y bajando las escaleras de palacio como defiende a la incongruencia social llamada patria, sino en las trincheras proletarias, subiendo y bajando sí, pero el rifle defensor a sus encallecidos hombros. ¡Y no se diga la verdad! ¡cállense la boca los que no comulguen con el presente sistema, y grítese muy fuerte como gritan en el extranjero los "Loveira and Co.": "Viva la revolución social mexicana", porque de hacer lo contrario será acallado nuestro grito de protesta con el asesinato, la bartolina, etc., etc.; pero en vano pretenden apagar el clamoreo de las multitudes, porque nuestro grito pide justicia y redención; pero como tal justicia y esa redención no la obtenemos de quienes se dicen precursores de esa revolución libertadora, no podemos menos de exclamar que la revolución social en México há fracasado para el proletariado."—Mérida, Yuc., Méx.—Un aspirante a I. W. W.—*Manuel J. Panti.*

Camarada: No se guarde egoístamente este periódico; muéstreselo a su compañero y logrará se subscriba. Una simple tarjetapostal de dos centavos con su domicilio exacto, es suficiente para enviárselo.

---

una mesa bien provista, reunidos los cuatro camaradas con Irma, Sopelana, Záitigui, Jacinto y una muchacha muy alegre que hace de dama joven en todas las funciones libertarias que se efectúan periódicamente en Buenos Aires. Jacinto, que anda tras ella desde hace tiempo, la ha invitado a pedido de Aníbal, que quiere que Irma no sea la única mujer en la fiesta.

El vino ha derramado en todas las venas torrentes de fuego, y la alegría, reina de la juventud, impera soberana en la reunión.

Záitigui, transportado de pronto a su querido Madrid, ha improvisado una guitarra con una fuente vacía y haciendo el que rasguea unas cuerdas imaginarias, canta desesperadamente peteneras, malagueñas y todos los aires populares que andan de boca en boca por la península Ibérica. Sopelana, a quien el alcohol pone triste, mira sonriendo a los otros con la cabeza apoyada en las manos y los codos sobre el borde de la mesa. Jacinto, sobre una silla, se desgañita con un discurso preñado de improperios para los "malditos burgueses," los "infames capitalistas" y los "usureros explotadores." Aníbal palmotea al compás de las coplas del estudiante y Arnaldo y Fernando entretienen a las damas con historietas que las hacen reír a carcajadas. Silvio está borracho ya.

Dos bombillas eléctricas iluminan al pequeño reservado y dos grandes ramos de flores confunden sus perfumes con las espirales de los habanos, regalo de Contero que no ha podido asistir al banquete.

Como el estudiante, cada vez más entusiasmado, grita desaforadamente y Jacinto no deja

de "discursear," Fernando, que no logra hacerse oir de la dama joven, párase colérico y les ordena en tono solemne:

—¡Silencio, marranos!

Záitigui llama al mozo y hace retirar todo el servicio de la mesa. Luego trepa sobre ella, pónese en jarras y grita:

—¿Quién me acompaña en estas sevillanas?

Fernando aplaude. Sopelana retira su silla hacia la pared. Jacinto deja su improvisada tribuna. Las muchachas se paran y Aníbal y Arnaldo se adelantan para cantar. Silvio ha despertado y hace inútiles esfuerzos para mantenerse en pie.

Con peligro de la estabilidad de la mesa, el estudiante se entrega a un taconeo furioso, retorciendo el cuerpo y haciendo de castañuelas con los dedos. Terminando con un ¡olé! eso que Záitigui llamaba sevillanas, un aplauso unánime pide su repetición. El estudiante, remedando a las bailarinas, lanza puñados de besos con ambas manos.

—¡Que se repita!—gritan todos.

Záitigui, mareado por completo, no puede satisfacer a sus amigos y dejándose caer sobre una silla finge un desvanecimiento.

Sopelana propone:

—Jacinto debe encargarse del discurso de clausura.

Este protesta:

—Ahora le toca a Fernando.

—¿Cómo? ¿y las señoras?

—Yo no sé hacer nada que valga la pena—dice Irma; luego agrega indicando a la dama joven:—La señorita, como es artista....

X

IDILIO

El libro de poesías de Arnaldo ha sido recibido con mucho entusiasmo entre el público revolucionario y los obreros y, como la venta de ejemplares supera a todos los cálculos del editor, éste propone al joven poeta una nueva edición de la obra.

Entre las muchachas de los talleres de costura y fábricas de cigarrillos, Arnaldo es ya célebre y sus versos se cantan a dúo con el chirrido de las máquinas.

En el buzón de "La Protesta" ha encontrado una larga carta amorosa firmada por "Aurora." Ya en la calle, con la extraña misiva entre las manos, pensando si tomarla en broma o en serio, Arnaldo camina cabizbajo. Una familiar palmada le vuelve a la realidad.

—¡Salud, Danel!

—¡Hola! hombre, hace tiempo que no se le ve por ninguna parte.

—¡Qué quiere usted! Desde la última huelga ando sin trabajo y me he dedicado a organizar funciones de propaganda; llevo aquí el programa para una que se realizará este sábado y que será un éxito.

—Mire usted, Cavana, que ahora la gente no anda muy sana del bolsillo: es la mala época.

—No importa, la conferencia de la compañera Merchenky llevará mucho elemento; todos los compañeros tienen deseos de conocerla.

—¿La rusa?